

Los trabajadores temporeros en el Valle del Aconcagua: identidad social y cultural*

HERNÁN JAVIER SALAS QUINTANAL**

Resumen: Este artículo es una contribución al estudio de los "nuevos jornaleros agrícolas" de carácter estacional (trabajadores temporeros) y de los sujetos sociales en el contexto de la globalización, la cual se ha expresado en el modelo agroexportador de corte neoliberal que se viene imponiendo en Chile desde la década de los ochenta. A través de una descripción histórica de los cambios en la agricultura, el estudio se centra en el desarrollo acelerado de la actividad frutícola, que constituye un ejemplo en el que se verifica la externalización de las actividades primarias y los cambios en el sistema alimentario nacional, en el que se observan alteraciones en la vida cotidiana de los trabajadores involucrados. Asimismo, analiza las perspectivas de este grupo, en el marco de transformaciones que han impactado la organización social, la memoria colectiva, la identidad social, las aspiraciones y la posibilidad de acción colectiva.

Abstract: This article is a contribution to the study of the "new seasonal agricultural day workers" and social subjects in the context of globalization, expressed in the Neo-Liberal agro-export model implemented in Chile since the 1980s. Through a historical description of the changes in agriculture, the study focuses on the rapid development of the fruit sector, which constitutes an example of the externalization of primary activities and changes in the national food system, showing the alterations in the everyday lives of the workers involved. It also analyzes the perspectives of this group, in the context of the transformations that have had an impact on social organization, collective memory, social identity, and the aspirations and possibility of collective action.

1. INTRODUCCIÓN: LA RELEVANCIA DE LOS TRABAJADORES TEMPOREROS COMO TEMA DE ESTUDIO

LOS PROGRAMAS DE CORTE NEOLIBERAL, que comenzaron en 1973 en Chile, han modificado profundamente el proceso de desarrollo en el contexto de lo que se ha llamado la modernización del país. En un corto periodo se transitó de un tipo de desarrollo basado en la industrialización a un modelo en el cual la exportación de productos agrícolas es central. Insertos en el proceso de globalización y transnacionalización de la economía, se han transformado las políticas agrarias, la relación entre el agro y los demás sectores, la integración regional rural y urbana, y la vida de las personas vinculadas a la agricultura. La acción de los sujetos sociales se ha modificado, así como el escenario en el cual se verifica.

* Este artículo forma parte de la tesis de maestría en Ciencias Sociales presentada en Flacso-Sede académica de México en 1996. Una versión preliminar fue presentada en el XX International Congress of the Latin American Studies Association, Guadalajara, México, 17-19 de abril de 1997. Agradezco los comentarios y contribuciones a este trabajo de la doctora Estela Martínez Borrego.

** Dirigir correspondencia a Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, Circuito Mario de la Cueva, s/n, Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F., tel.: 622 7400 ext. 276, fax: 665-2443.

Para la agricultura chilena ha significado convertirse en un espacio de valorización y acumulación que genera alta rentabilidad en ciertos cultivos (fruticultura y forestal principalmente), y capta inversiones nacionales y extranjeras. En la actualidad el sector demanda un mayor contingente de mano de obra, y de esta forma, eventualmente, detiene la migración rural-urbana, ya que hay menos trabajos en la ciudad y con niveles salariales inferiores. El sector dinámico de la economía, el sector propiamente agroexportador, atrae mano de obra de otras regiones agrícolas menos dinámicas y de sectores marginales urbanos. Sin embargo, la demanda laboral es marcadamente estacional.

La actividad frutera de exportación, en tanto uno de los sectores que más se dinamizó, durante los años ochenta ha sido el marco elegido para observar estos cambios.¹ El primer gran impacto es que las familias que habitan las zonas frutícolas han transitado rápidamente (en el transcurso de los últimos 20 años) de campesinos a trabajadores asalariados, y han debido colocarse, en desiguales condiciones, en el mercado laboral. La temporalización del trabajo ha implicado una inserción inestable en la estructura ocupacional, un ingreso monetario irregular y una fuerte competencia entre sus iguales. La mayor demanda de mano de obra en la fruticultura se produce en las épocas de cosecha, concentrándose especialmente en las plantas de embalaje y en la agroindustria.²

El problema medular de este estudio son los trabajadores temporeros de la fruta, entendidos como sujetos sociales con nuevas características respecto de anteriores tipos de trabajadores agrícolas, y que surgen como consecuencia de esta particular forma de modernización.

El temporero, o más específicamente, el trabajador agrícola no permanente, es consecuencia de la intensificación del capitalismo en el agro y representa un sujeto social novedoso. Si bien siempre han existido en el campo asalariados estacionales, el temporero actual se caracteriza como un trabajador agrícola, hombre o mujer, contratado por menos de seis meses en el año, cuyo lugar de residencia es en muchos casos urbano, en alguna ciudad cercana a zonas frutícolas, o un poblado rural en proceso de urbanización (Venegas, 1992 y 1993). Así, las características fundamentales del esquema de modernización actual es la temporalización y feminización de la mano de obra.³

¿Qué tiene de particular este tipo de trabajadores? es una pregunta que, con distintos énfasis, se presentará a lo largo de este trabajo y su respuesta constituye el principal objetivo. *A priori*, planteo que representan una nueva forma de inserción laboral, marcada por la modernización empresarial agraria, que se trata de trabaja-

¹ Las especies más dinámicas son uva de mesa, manzanas, nectarinas, ciruelas y peras; en tanto que el principal destino de la fruta chilena es el mercado estadounidense, europeo, saudita y japonés.

² Desde perspectivas diferentes, varios estudios han planteado la problemática de los trabajadores temporeros, entre los cuales cabe destacar: Rivera y Cruz (1984); Rodríguez y Venegas (1989); Gómez y Klein (1993); Salas (1995); Canales (1995).

³ Sobre la feminización del mercado de trabajo rural, cabe destacar las investigaciones de Sara M. Lara, especialmente los trabajos coordinados por ella (Lara, 1995).

dores plenamente asalariados pero temporales, y que en general han perdido sus rasgos campesinos, imposibilitados de combinar el salario con el trabajo de la tierra. Esta situación pone de manifiesto cambios profundos que han tenido un efecto en la organización social, en las aspiraciones, en la identidad social y en la posibilidad de acción colectiva.

La hipótesis central es que la modernización de la agricultura y las consecuentes transformaciones han provocado la salarización temporal y precaria de la fuerza de trabajo campesina y asignando a estos trabajadores características específicas y heterogéneas, lo que provocaría pérdida de identidad y de articulación social en torno a un proyecto común, que antaño representó "la cuestión campesina"; todo lo cual impide la constitución de los temporeros en actores sociales.

Las hipótesis secundarias y más específicas son las siguientes.

a) La modernización y transformación de la agricultura han provocado la salarización temporal de la fuerza de trabajo campesina, asignando a estos trabajadores características particulares. Un elemento que caracteriza a los trabajadores temporeros es su heterogeneidad, y la modificación de los elementos comunes que pudieran articularlos.

b) El cambio en los procesos y ocupación de la mano de obra altera los tradicionales patrones migracionales; en algunas épocas del año se producen formas migratorias con una direccionalidad ciudad-campo, lo cual contraviene las pautas migratorias tradicionales.

c) La señalada heterogeneidad de los trabajadores temporeros provoca la falta de identidad y de articulación social que les permita aglutinarse en torno a un proyecto común; obstáculos que dificultan la constitución de los temporeros en actores sociales.

El estudio pretende ser fundamentalmente una reflexión teórica alimentada con algunos ejemplos empíricos, obtenidos a través de un breve trabajo de campo. Las entrevistas fueron realizadas entre los años 1992 y 1993 en un poblado rural de gran importancia para el modelo agroexportador (la comuna de Rinconada de los Andes en el Valle del Aconcagua), a tres tipos de trabajadores, de ambos sexos: jóvenes que siempre han trabajado como temporeros en la actividad frutícola; adultos entre 30 y 45 años que vivieron la transición entre un modo de vida campesino y que ahora son temporeros, y personas de mayor edad que vivieron propiamente como campesinos y que participaron en el proceso de reforma agraria.

La legitimidad de la comparación de las historias laborales se encuentra en la profundidad y extensión de la comparación que se quiere realizar, y en que se trata de materiales de la misma especie: historias orales de individuos con características sociobiográficas básicas en común.

2. LA MODERNIZACIÓN DE LA AGRICULTURA CHILENA

La constitución de los trabajadores temporeros como grupo social se verifica con la modernización de la agricultura chilena. Este proceso se enmarca en las transformaciones económicas mundiales que vienen produciéndose desde la segunda guerra mundial, y que han sido interpretadas como la Nueva División Internacional del Trabajo (Fröbel *et al.*, 1981) y la globalización de la economía (Koc, 1993; Ianni, 1996).

A partir de los años setenta, la globalización designa una nueva fase del desarrollo capitalista mundial, cuyos rasgos básicos modificaron el modelo económico vigente hasta el momento.

Este contexto internacional significa, para los países de América Latina, un modelo orientado a exportar, y reconstruir sus economías a partir de programas modernizadores de corte neoliberal, lo cual se expresa en: desestatización, privatización, disminución de la presencia económica y social del Estado, apertura de mercados, cambios tecnológicos centrados en el uso de la microelectrónica e innovaciones como la robótica, la automatización, la informática, la biotecnología y la biogenética; monitorización de las políticas económicas nacionales por las tecnocracias de las organizaciones multilaterales y transnacionales, dominio de las tomas de decisiones agrícolas por intereses de agronegocios y el retiro de la política alimentaria del ámbito público.⁴

Esta evolución del capitalismo mundial exigirá la modernización de la agricultura de los países en desarrollo. En Chile consistirá en acabar con estructuras agrarias tradicionales para dar lugar a un proceso acelerado de expansión capitalista.

La modernización de la agricultura en Chile se desarrolla en tres etapas históricas.

El fin del sistema hacendal

Diversos estudios ubican el fin del sistema hacendal entre los años cincuenta y sesenta, como una primera etapa de transformaciones agrarias importantes. En este periodo se hace evidente e insostenible, tanto desde el punto de vista social como económico, la crisis estructural de la agricultura chilena que se venía arrastrando desde el siglo pasado (*cf.* Vio, 1980; Bengoa, 1983; Rivera y Cruz, 1984; Kay, 1987, y Rivera, 1990).

En el interior de las haciendas se articulaban los campesinos inquilinos, cuyo trabajo generaba rentas al terrateniente, ya fuera en productos o en trabajo.⁵ Éstos representaban una dotación de mano de obra fija para los latifundios, cuyo pago

⁴ Respecto a la globalización económica y su efecto en la cadena agroalimentaria y en la agroindustria, véanse Sanderson (1990), McMichael (1993), Reynolds *et al.* (1993), Bonanno *et al.* (1994), y García y Martínez (1997).

⁵ Este tipo de campesinos, predominante en el sistema hacendal de América Latina, se denomina de diferentes maneras, según Rivera y Cruz, (1984): inquilinos en Chile, huasipungueros en Ecuador, peones acasillados en México, pegujaleros y colonos en Bolivia, arrendires y feudatarios en la sierra peruana.

por lo general constaba de un terreno para cultivar su sustento y acceso a tierras de pastizales.

En general, la mano de obra rural fue abundante y los asalariados, cada vez más importantes en la estructura laboral de la hacienda, cuando se requería aumentar la producción para responder a un incremento en la demanda de productos, provenían de la casa de los inquilinos; sobre esta fuerza de trabajo el hacendado podía ejercer un mayor control. Estos trabajadores, miembros de hogares de inquilinos, eran llamados “gañanes” o peones.

Algunas veces el proceso productivo, especialmente en la cosecha, requería de un contingente mayor de mano de obra, para lo cual el hacendado recurría al trabajo temporal. Esta demanda de trabajo era cubierta por peones ambulantes o forasteros, llamados “afuerinos”, que podían ser parte de hogares campesinos independientes, externos a la hacienda, trabajadores de los pueblos o peones migratorios que solían transitar de una zona a otra en busca de empleo. Estos últimos eran llamados “torrantes”, que pueden definirse como migrantes agrícolas en forma permanente (*cf.* Falabella, 1970; Kay, *op. cit.*).⁶

La “contratación” de trabajo temporal en la hacienda, en la figura de “afuerinos” y “torrantes”, puede considerarse como un antecedente histórico de los actuales temporeros de la fruticultura, aunque, como veremos más adelante, sus características difieren en el contexto de los posteriores procesos de modernización.

La reforma agraria

La crisis agrícola y el contexto de cambios externos fueron determinantes para la reforma agraria, que significó el primer intento institucional de modernización capitalista del agro.

La reforma agraria y los procesos de sindicalización convirtieron al campesino en un actor central, altamente movilizado y protagonista de los cambios ocurridos en la agricultura y en la sociedad global. La fuerza que adquiere el movimiento campesino logra romper el equilibrio en el paralelogramo de fuerzas y desarrollar la lucha de las clases ligadas a la tierra.⁷

La reforma agraria beneficia principalmente a los inquilinos que comenzaron a responsabilizarse de los asentamientos (haciendas colectivas), y quienes estaban destinados a ser asignatarios de parcela una vez que se definiera su distribución individual. Algunos peones de las haciendas, miembros de los hogares de inquilinos, entraron en la estructura de los asentamientos como “socios” que no necesariamen-

⁶Para 1935, en la estructura laboral de la hacienda, los inquilinos representaban el 29.8% de la mano de obra; los peones o “gañanes” el 33%; los “afuerinos” el 27.8%, y los empleados administrativos y de mantenimiento representaban el 9.4% (Bauer y Hagerman, 1987: 115).

⁷Con la etapa de reforma agraria del gobierno de Salvador Allende (1970-1973) se aceleró el proceso expropiatorio y se liquidó totalmente el sistema de la hacienda patronal, sustituyéndose por haciendas colectivas. Este programa, de transformaciones sociales profundas, sólo logró contravenir momentáneamente el curso de la evolución capitalista mundial.

te se convertirían en asignatarios de parcela. Éstos se encontraban sindicalizados y por lo tanto en condiciones de defender su derecho a la tierra.

Los excluidos de la reforma agraria fueron fundamentalmente los “afuerinos” y, entre ellos, los “torrantes”, debido a la política agraria de privilegiar a los inquilinos y a que su carácter temporal y migratorio les impedía articularse en organizaciones sociales, rasgo que también encontramos hoy entre los temporeros. También quedaron excluidos los campesinos externos, acosados por los problemas de sobrepoblación, y carentes de los recursos para modernizarse.

El nuevo marco legal de sindicalización, la influencia ideológica de los partidos políticos y el clima de transformaciones sociales a nivel nacional y mundial tienen tal impacto, que se constituye rápidamente un movimiento campesino masivo, ideologizado, con una gran capacidad de acción,⁸ logrando un poder que trascendió los límites de la sociedad rural y que se expresó también en el control de la fuerza de trabajo rural, en la comercialización y en la planificación productiva. El curso de los acontecimientos pone en peligro la vía de modernización de la agricultura y esto se constituye en una de las múltiples causas que generan la intervención del poder militar en 1973.

La modernización neoliberal y la expansión frutícola

Las medidas neoliberales y los cambios en la agricultura son caracterizados por muchos analistas como un proceso de contrarreforma agraria, que en definitiva implica establecer las bases de un proyecto capitalista profundamente modernizador de la agricultura, tras una desarticulación del modelo de desarrollo que había estado vigente en Chile hasta ese momento.

Las primeras medidas tomadas por el gobierno militar se inspiran en una nueva concepción del agro e implican un papel distinto del Estado. Esta concepción deja de “considerar a la agricultura como un sector retrasado al que el Estado debía ayudar, para pasar a visualizarlo como un sector con excelentes posibilidades de desarrollo con base en las ventajas de la agricultura chilena” (Rivera, *op. cit.*: 6).

En términos económicos, en Chile se busca la inserción de los productos agrícolas en el comercio internacional, a través de una amplia apertura y de poner a los productos chilenos en competencia con el resto del mundo, incluyendo los países con una agricultura más desarrollada.⁹ La competitividad de los productos chilenos surge en el contexto de la teoría de las ventajas comparativas (Bengoa *et al.*, 1980; y Cruz, 1988).

La tendencia de la internacionalización del capitalismo es provocar la modernización, cambiar la orientación de la producción agrícola, y desarrollar la agroindustria. El capital encuentra un campo propicio para la inversión en la trans-

⁸ De 1 500 campesinos sindicalizados en 1963 se pasó a 282 617 en 1972; en tanto el número de huelgas y tomas de tierras pasó de 7 a 2 082 en el mismo período (Gómez, 1982: 25, 33 y 148).

⁹ Sobre el impacto de la globalización en la agricultura, véase Bonanno *et al.*, *op. cit.*; Friedland, 1994; McMichael, *op. cit.*; Carter *et al.*, 1996.

formación industrial de productos agrícolas, forestales y ganaderos de los países del Tercer Mundo, su comercialización y distribución, así como en la venta de maquinarias e insumos para la agricultura modernizada. La agricultura de estos países da un giro: zonas de producción campesino-familiar, áreas de cultivos de consumo básico, se transforman en regiones con cultivos y explotaciones modernas dirigidas a la producción para el mercado interno y externo, o de materias primas para la agroindustria; de esta manera, se trata de una agricultura orientada a satisfacer el consumo de países desarrollados y deficitaria en cuanto a la satisfacción de las necesidades básicas de consumo de su población (*cf.* Barkin y Suárez, 1985).

A partir de mediados de los años setenta la expansión y significación de la fruticultura chilena asumió todos los rasgos de un *boom*, proceso que, sin embargo, está cimentado en las iniciativas estatales que tuvieron lugar entre 1963 y 1973 (García, 1986:257). Algunos indicadores de este desarrollo son:

a) El aumento en las superficies plantadas de manzanares y parrones, las que se duplicaron y triplicaron respectivamente entre 1966 y 1986 (Gómez y Echenique, 1988:139, 151, 297 y 298). En esta expansión, las estrategias productivas desplazan los cultivos tradicionales por plantaciones frutales.

b) El ritmo de crecimiento del producto frutícola, que es de 6.7% anual, mientras que el producto agropecuario nacional muestra un alza de 1.9% anual, entre los años 1977 y 1982. Esto incrementa el aporte al producto interno bruto agropecuario nacional del 10% al 14.5% en 1982 (García, *op. cit.*: 257), expresión de que la dinámica sectorial se sustenta fundamentalmente en el crecimiento frutícola.

c) El aumento de las exportaciones frutícolas, que entre 1981 y 1986 fue de 198 a 476 millones de dólares, lo que representó 657 000 toneladas de fruta fresca exportada. Esta cifra significó un 42% del total de exportaciones silvo-agropecuarias (Gómez y Echenique, *op. cit.*: 299).

d) El continuo incremento de la cantidad de fruta procesada. Esto representa, paralelamente, un aumento de la fase agroindustrial de la actividad, que comprende la elaboración de fruta deshidratada, jugo, pulpa, fruta congelada, sulfitada, confitada y en conserva, cuya exportación, en su conjunto, creció entre 1983 y 1986, de 17.3 a 51.1 millones de dólares (*ibid.*: 149).

e) La transnacionalización de la propiedad de las empresas agroexportadoras. En 1986 seis empresas exportadoras de fruta controlaban el 52% de las exportaciones y tres de ellas son transnacionales.

f) Los cambios tecnológicos, entre los cuales los más importantes son la intensificación de químicos para combatir plagas y enfermedades y el uso de herbicidas; cambio en el sistema de rastrajes; innovación y mejoras en los sistemas de riego (uso de sifones, aspersión, goteo); incorporación de nuevos sistemas y equipos de post-cosecha (plantas de embalaje, cámaras de pre-frío y frigoríficas). La mayor tecnificación tiene por finalidad aumentar el rendimiento, mejorar y uniformar la apariencia de la fruta en cuanto a resistencia, color, tamaño y aroma, multiplicar las variedades para diversificar la oferta, hacer posible la producción de frutas en terrenos que poseen severas limitaciones agrícolas, lograr un manejo agronómico en la

oportunidad de la cosecha, aumentar la duración del producto después de la cosecha y reducir el costo del tratamiento, transporte y embalaje.

La expansión frutícola se desarrolló provocando la concentración de la tierra, su propiedad en manos de capitales nacionales e internacionales, determinando procesos de proletarización campesina. Asimismo, se han modificado las políticas agrarias y el papel del Estado, el cual se ha orientado a regularizar la propiedad de la tierra, a liberalizar los factores de la producción, a imponer una legislación laboral que impide la acción reivindicativa, a garantizar la acción empresarial privada y a desarrollar programas sociales destinados a fijar en el campo la mano de obra necesaria para el desarrollo agroindustrial.

Para el agro, este nuevo modelo de expansión capitalista se ha traducido en:

1) La creación de un mercado de tierra, que era inexistente debido a las disposiciones legales de la reforma agraria, resignificando la propiedad privada como centro de los procesos productivos y comerciales vinculados al agro. El mercado de tierras se genera con gran dinamismo, elevando los precios de acuerdo a la aptitud del suelo y las ventajas diferenciadas regionalmente, como por ejemplo las tierras con aptitud frutícola y forestal.

2) La creación de un mercado de agua. Se termina con la propiedad fiscal del agua de riego y la organización de los usuarios para su uso y administración; y se termina con la idea de unidad tierra y agua, en la cual no se concebía su transacción en forma separada.

3) La transformación del mercado laboral rural. Las medidas en este sentido buscan disciplinar social y laboralmente a los trabajadores, para reorganizar la agricultura sobre la base de fuertes niveles de explotación y productividad (Cruz y Sáez, 1985). Esto se logra con medidas institucionales y con la integración del trabajo a la lógica del mercado. Por un lado, se desmantelan las organizaciones sociales y se reprime el movimiento campesino; y por el otro se establece una legislación laboral que lo que hace es dividir a los trabajadores a través del establecimiento de sindicatos por empresa y por actividad. Esta legislación implica fuertes restricciones a la constitución misma de sindicatos, a la negociación colectiva y a los mecanismos de presión representados tradicionalmente por el derecho a huelga.

Este proceso de contrarreforma agraria, expresado en la regularización de la tenencia de la tierra implica, para los actores centrales de la etapa de transformación anterior —los campesinos—, otro proceso de pérdida de la tierra y consecuente proletarización, que esta vez tendrá un fuerte componente de temporalización. Los inquilinos que aún existían, así como los parceleros más confiables para los dueños de la tierra, se transformarán en trabajadores permanentes, mientras que aumenta la proporción de temporeros. Las tres capas que caracterizarán esta modernización serán los empresarios, una pequeña proporción de trabajadores permanentes y una gran masa de temporeros.

Los trabajadores temporeros

En muchos estudios aquí citados, mencionar a los jornaleros agrícolas es hacer referencia a la categoría de clase, no obstante que la realidad agraria en proceso de modernización y la reconstitución de los sujetos sociales rurales en este contexto, no se dejan analizar de acuerdo al esquema marxista clásico, así como tampoco a través del determinismo estructural. En primer lugar, porque el desarrollo capitalista de carácter dependiente genera la coexistencia de formas de producción distintas en el ámbito rural, y por tanto, no desarrolla clases sociales definidas nítidamente. Son clases poliformes (Carton, 1994). En este contexto, se redefine el carácter de las clases sociales rurales, su comportamiento, ámbitos de acción y sus luchas. En segunda instancia, las limitaciones de este tipo de análisis se hacen más evidentes cuando nos encontramos con zonas donde la modernización ha generalizado la existencia de jornaleros de carácter temporal.

En el sentido de que no conforman una clase social determinada, los trabajadores temporeros tampoco son un conjunto articulado socialmente. Sin necesidad de profundizar en la ya superada discusión entre campesinistas y descampesinistas o proletaristas de los años setenta y ochenta, considero que los campesinos que perdieron su tierra, o que conservaron una pequeña porción de ella, así como los jornaleros agrícolas que nunca la poseyeron, no han experimentado un proceso lineal y uniforme de proletarización. También en etapas históricas previas combinaron el trabajo asalariado con el de productor; asimismo se ocuparon en labores agrícolas en diversas zonas, orientados y dirigidos de acuerdo con la demanda estacional de empleo que siempre ha existido en la agricultura, según las épocas de mayor intensidad de mano de obra como son la siembra y la cosecha.

Sin embargo, esta diversidad ocupacional estuvo circunscrita principalmente al ámbito agrícola, formando parte de estrategias de sobrevivencia campesina. En la actualidad, esta variabilidad asume rasgos culturalmente diversos; el acceso al medio urbano, la apertura de espacios de formación de la experiencia individual y múltiples formas de empleo temporal representan cambios cualitativamente diferentes, que implican otra forma de concebir la modernización en América Latina. Más que como una fuerza ajena y dominante que operaría por sustitución de lo tradicional y lo propio, como intentos de renovación con que diversos sectores se hacen cargo de la "heterogeneidad multitemporal" de cada nación (García Canclini, 1990).

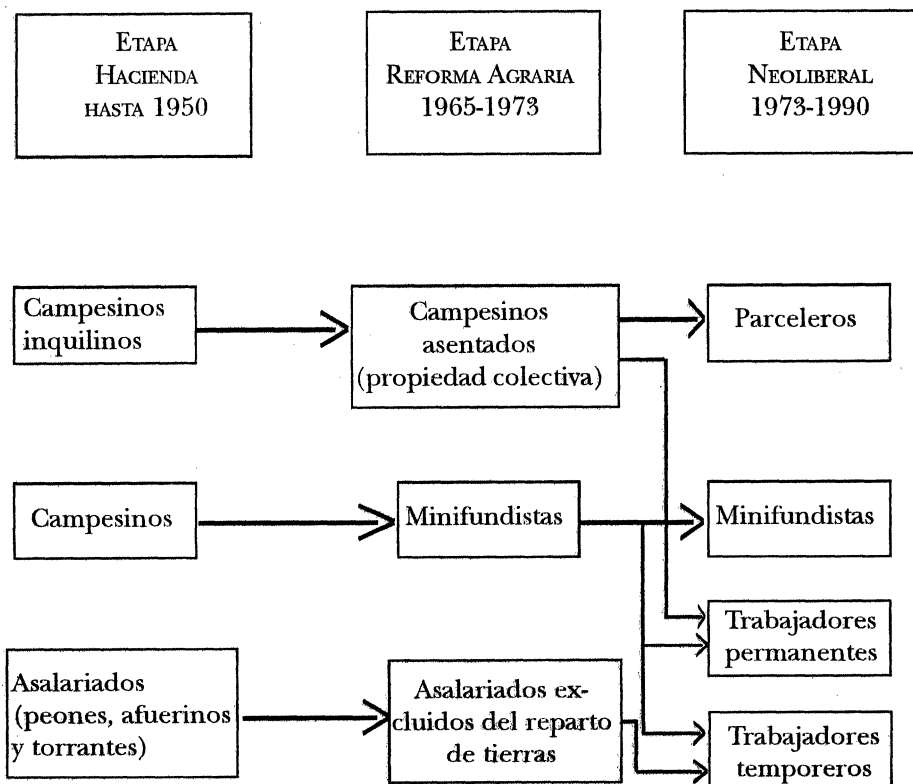
En este sentido, la pérdida de modos de vida ligados a la propiedad y acceso a la tierra implica, por cierto, un proceso de proletarización, pero que, de acuerdo con la trayectoria de la modernización de la agricultura, presenta sus particularidades. Aunque, sin duda, las transformaciones del agro efectivamente han provocado que personas que eran campesinos hoy vivan de vender su mano de obra.

Hoy, se trata de trabajadores que han perdido sus rasgos campesinos, pero no se ha generado un proletariado agrícola con una inserción determinada y unívoca en la estructura económica; por el contrario, esta inserción está afectada por múltiples

procesos, que no acaban de consolidarse. Parafraseando a García Canclini, el problema es que las tradiciones aún no se marchan y la modernidad no acaba de llegar. La incertidumbre acerca del sentido y el valor de la modernidad deriva de los cruces socioculturales en que lo tradicional y lo moderno se mezclan, lo cual puede observarse, por ejemplo, en la reconversión económica y simbólica con que los migrantes campesinos adaptan sus saberes para vivir en la ciudad.

Una particularidad de los temporeros es que poseen rasgos de continuidad respecto a categorías laborales que existieron antes en la agricultura. El siguiente esquema intenta sintetizar y ubicar a los sujetos en los cambios agrarios, de acuerdo con las etapas históricas establecidas.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LOS SUJETOS SOCIALES DEL AGRO



A pesar de esta continuidad, los temporeros que han emergido a la sombra de la modernización poseen características particulares que señalaré muy sucintamente, y que surgen del análisis de los trabajadores de Rinconada de los Andes del Valle del Aconcagua.

Una primera tendencia observada es que la condición de temporero, es decir la estacionalidad del empleo, parece ser una condición que tiende a consolidarse, o por lo menos a ser una condición permanente, principalmente en las épocas de cosecha en los huertos frutales y, en forma más marcada, en las plantas de embalaje y en la agroindustria, donde la mayoría de los trabajadores son mujeres y jóvenes. El empleo temporal ya no es un estado transitorio en la historia ocupacional del individuo, que en el pasado constituyó una forma de acceder al mundo del trabajo.

Segundo, se trata de una fuerza laboral que se concentra en poblados rurales o asentamientos urbanos, cuya principal fuente de empleo es la fruticultura, siendo significativa la cantidad de personas que residen en las zonas urbanas (grandes ciudades, ciudades medias y en el centro de la comuna).

Tercero, que la especialización frutícola del valle del Aconcagua ocurre gracias a desplazamientos de cultivos básicos por efecto de la expansión de plantaciones frutales, y que la tierra tiende a reconcentrarse en propiedades de tamaño medio; estas dos cuestiones implican un desplazamiento de los campesinos al trabajo asalariado temporal.

Cuarto, si bien la modernización de la agricultura significa un relativo éxito de la producción frutícola y su inserción en los mercados internacionales, generando ganancias para los empresarios y divisas para el país, y una contribución productiva significativa a la región y al país, se constatan bajas condiciones de vida. Es decir, que una mayor modernización no significa mejorar el nivel y calidad de vida, ni la situación laboral de las personas involucradas en ella como trabajadores.

Quinto, se produce una devastación de los centros de trabajo, ya que no constituyen un solo lugar físico donde laboren permanentemente los mismos trabajadores; con frecuencia son las mismas personas, pero su relación laboral está marcada por la estacionalidad. Esto provoca la desarticulación social de los trabajadores temporeros, debido a que provienen, generalmente, de lugares diferentes. De esta manera, se desarrollan relaciones sociales impersonales, que contrastan con la interacción "cara a cara" que caracterizaba al mundo campesino. Las dificultades de articulación "se derivan de la heterogeneidad propia de este grupo y, sobre todo, de las relaciones laborales intermitentes que establecen con las empresas donde venden su fuerza de trabajo. Pero también porque no se ha formado un consenso político respecto de su derecho a organizarse" (Gómez y Klein, 1993: 6).

3. LOS TRABAJADORES TEMPOREROS DE LA FRUTA DEL VALLE DEL ACONCAGUA: TIEMPO, ESPACIO, IDENTIDAD Y ARTICULACIÓN SOCIAL

El Valle del Aconcagua es uno de los valles transversales de la zona central de Chile, cuyo río del mismo nombre nace en la cordillera de Los Andes, en el monte Aconcagua (6 959 metros sobre el nivel del mar), y vierte sus aguas en el Océano Pacífico, en la costa norte del puerto de Valparaíso. El valle se encuentra ubicado a unos 80 kilómetros al norte de la ciudad de Santiago, la capital del país.

Desde el punto de vista productivo, conforma una unidad; sus ricas tierras de cultivo son irrigadas por el río Aconcagua que en su transcurso hacia la costa riega los fértiles terrenos de las provincias de San Felipe, Los Andes y Quillota.

Este valle no siempre fue una región destinada a plantaciones de frutales. A diferencia de la monoproducción, de la vocación productiva de sus tierras emanó una variedad de productos agrícolas y ganaderos, misma diversidad que pudo observarse en el paisaje humano, conformado por diferentes personajes que lo poblaron.

Al respecto, y a pesar de todas las transformaciones, vale citar la descripción que un historiador chileno hiciera del Valle del Aconcagua en 1940. "Su riqueza es considerable. Regados de un extremo a otro, sus campos son verdaderos graneros que almacenan los productos de los más variados cultivos. Sus pueblos son el asiento de sólidas y prósperas industrias [...] En Los Andes (12 000 habitantes) la vida es puramente agrícola. Pueblo silencioso y cordillerano, sólo tiene un poco de alegría cuando pasa "la combinación" (se refiere al ferrocarril trasandino). San Felipe (13 000 habitantes) es la tierra del cáñamo. Las jarcias y cordeles de todo género salen de sus fábricas. Sus campos producen la materia prima" (Subercaseaux, 1956: 183).

La fuente de agua superficial del río Aconcagua, las obras de riego y las condiciones climáticas favorecen con mucho la producción de frutas. Las cuatro estaciones se suceden marcadamente; un invierno frío y lluvioso contrasta con un verano seco y caluroso, las estaciones intermedias proporcionan las condiciones adecuadas para la germinación y crecimiento de los frutos; a la caída de las hojas en otoño se suma la poda de árboles frutales y parrones, el fuerte sol y el progresivo aumento de las temperaturas en la primavera permiten la maduración justa de los distintos frutos.

Las entrevistas realizadas han arrojado un material cualitativo que ha sido articulado en función de aproximarnos al sujeto temporero y en las dimensiones de tiempo y espacio, en un "antes" y un "ahora", así como en un "de aquí" y "de afuera". El tiempo hace referencia a un pasado centrado en la etapa de la reforma agraria, debido a la edad de las personas entrevistadas, cuyo recuerdo más evidente era sobre esa época, y a un presente situado en el modelo agrícola actual; la categoría espacial permite diferenciar la visión acerca de los trabajadores frutícolas que habitan en el mismo lugar en que trabajan y los de fuera.¹⁰

¹⁰ Según Aguado y Portal (1991) existen dos parámetros centrales para el estudio de la identidad: el tiempo y el espacio, ya que constituyen las dos evidencias ideológicas básicas que utiliza la cultura para incorporar a los individuos que la integran, e imprime un sentido social a sus prácticas cotidianas.

La categoría temporal: la visión del pasado y del presente

La idea del “antes” en las entrevistas, hace referencia a cierta homogeneidad: “aquí todos nos conocemos desde que nacimos”, “todos somos iguales”, “todos hemos trabajado en lo mismo”, “todos éramos campesinos o hijos de campesinos y sabíamos trabajar la tierra muy bien” (Felipe, 45 años). Se hace referencia a un pasado en que la organización campesina era un poderoso instrumento para incorporar a los campesinos a la vida social, económica y política del país, con un proyecto común que aglutinaba a la gran mayoría de la comuna con base en reivindicaciones compartidas: “el sindicato era comunal y tenía fuerza para negociar; se presentaba un pliego de peticiones a todos los patrones por igual, y cuando decidíamos paralizar, no quedaba ningún fundo trabajando”, “el lema de los campesinos era: la tierra para el que la trabaja; y por eso aquí tomamos la decisión de expropiar los fundos y trabajar la tierra de otra manera” (*idem*).

En esta referencia se encuentra presente la utopía de la tierra, a la cual se le otorgan atribuciones mágicas, ya que acceder a ella permitiría solucionar casi todos los problemas de la familia. Esto explica el alto nivel de organización, movilización y protagonismo social del campesinado en el periodo de la reforma agraria: “ahora no hay trabajo como antes, una época no más y los paran. Dicen que ahora se gana dinero, pero yo creo que la única manera de sobrevivir en el campo es poseer la tierra” (Ricardo, 75 años).

Consultado respecto a la solución a los problemas laborales en el presente, un dirigente social respondía: “tener la tierra, crédito, asistencia y acceso a nuevas tecnologías. También nosotros podríamos ser eficientes, y producir para la exportación. Nosotros sabemos todo el tratamiento que le dan a la fruta antes de exportarla, y podríamos hacer todo el proceso sin necesidad de los patrones” (Felipe, 45 años).

Frente a esto contrasta una visión del presente, de un “ahora” que se plantea como un polo negativo frente a una visión contradictoria del pasado: se le arrogan virtudes y se le mistifica, a la vez que se le cuestiona.

Por un lado, “ahora sí que estamos mal; lo único que sabemos es cortar uva y cargar. Si volviéramos a tener la tierra ya no sabemos ni cómo trabajar, no sabemos usar herramientas ni una pareja de bueyes. Hemos olvidado cómo hacer producir la tierra, ahora dependemos de los patrones y del trabajo en los *packing*.¹¹ A muchos, a la mayoría diría yo, tampoco les interesa volver a tener la tierra” (Felipe, 45 años).

Y por el otro, “el trabajo del campesino es visto con un poco de desprecio y como que es muy sacrificado, porque ahora la gente está acostumbrada a tener su plata y ganar dinero. Con la parcela se cosecha una vez al año y la plata no se ve porque siempre hay que estar pagando los créditos y todo eso. Además, no había horarios

¹¹ La palabra *packing* se usa comúnmente para designar tanto la planta de embalaje como las instalaciones de la agroindustria en general.

de trabajo, porque los viejitos siempre cuentan que trabajaban todo el día con una pequeña ración de comida" (*idem.*).

Se presenta un "ahora" en que no existe la posibilidad de organización, y "es que nadie tiene organizaciones de referencia, entonces cada uno se comporta de manera individual. Ahora es muy difícil organizar a la gente, hay mucho miedo por lo de la dictadura, pero además la gente tiene intereses diferentes; algunos prefieren estar en la buena con los patrones y casi nadie quiere sacrificarse por levantar una organización" (Miguel, 43 años).

Cuando surgen problemas laborales, se buscan soluciones coyunturales inmediatas, parciales y espontáneas: "se ponen de acuerdo entre los trabajadores para entregar un petitorio y se arreglan con el administrador. Muchas veces el dueño ni se entera que hubo un conflicto. Generalmente es para subir un poco los salarios. Incluso algunos amenazan con hacer paro, aunque está prohibido, para conseguir cosas concretas, pero cuando lo consiguen, ese movimiento muere porque ya cumplió su objetivo. Si llega a nacer una organización, dura muy poco tiempo: mientras exista un incentivo concreto o un dirigente dispuesto a sacrificarse por todos los demás para mantener la organización" (Felipe, 45 años).

Hoy día el papel de los dirigentes se limita a "responder consultas legales y orientar conflictos que llegan a la inspección del trabajo o incluso a los tribunales, pero difícilmente llegaremos a conducir un movimiento entre los trabajadores porque las organizaciones como si no existieran. El problema es que cada trabajador puede provenir de lugares diferentes y hacer tareas diferentes. Existe una división de las tareas entre las mujeres y los hombres" (Miguel, 43 años).

El "ahora" es vivido con muchas dificultades por los jóvenes. A ellos se les presentan muchas alternativas que saben que sus padres y abuelos no tuvieron: "los viejos no más tenían que trabajar la tierra" (Juan, 25 años).

En las entrevistas se obtuvieron 14 diferentes actividades que realizan los trabajadores además de la fruticultura. Entre ellas hay que diferenciar las que, para ellos, constituyen un "oficio" como la sastrería, peluquería, zapatería, carpintería, servicio doméstico, chofer, comercio y construcción que pueden realizarse tanto en las ciudades como en las localidades y se realizan de manera esporádica porque ninguna de ellas significa una ocupación permanente. Por otra parte, están las actividades que sólo constituyen alternativas de sobrevivencia como rastrojar,¹² recolección de leña, programas municipales de absorción de empleo, migraciones a otras zonas frutícolas o agrícolas, "salir a probar suerte a la ciudad", que son consideradas de subsistencia porque los beneficios que reportan son mínimos y porque declararon acceder a ellas en los momentos en que ya no existe alternativa de trabajo en la fruta.

El siguiente es un relato típico de un joven trabajador de la fruta.

¹² El rastrojo es paja de sembradíos que queda en la tierra después de segar; en la zona estudiada, la palabra rastrojar se utiliza para referirse a la acción de recoger todo aquello que queda en el campo luego de la cosecha o poda: ramas, frutos, semillas, paja, etcétera.

Yo desde que nací conozco el trabajo en la fruta. No sé tomar una pala ni trabajar la tierra; comencé a trabajar a los 12 años.

Primero comencé en el *packing* haciendo cajas, con el martillo todo el día. Luego fui cortador de uva. He trabajado cosechando uva, durazno y ciruela, y ahora también en la podadura de parras, pero siempre he trabajado como temporero, nunca he tenido trabajo permanente.

En la época de invierno la cosa es más crítica y he rebuscado por aquí y por allá para la sobrevivencia. Una actividad es rastrojar, que es entrar a los potreros después de la cosecha a buscar lo que haya quedado, con eso muchas veces paramos la olla unos días. También después de la poda recogemos todas las ramas que quedan botadas en los potreros, no nos pagan nada, pero a uno le sirve de leña para el invierno.

Cuando la situación es muy crítica ya nos vamos en agosto a Copiapo a la cosecha de uva. Allá se gana un poco más pero las condiciones son muy duras, porque además hay que mandar lo que se gana para la familia. En diciembre o enero vuelvo a Aconcagua.

Yo me siento campesino, aunque mis familiares lo fueron, pero es que yo nací entre los parronales (Juan, 25 años).

La categoría espacial: el imaginario respecto a las ciudades y la construcción del "otro"

La categoría espacial permite diferenciar entre los trabajadores frutícolas que habitan en el mismo lugar en que trabajan (en este caso el Valle del Aconcagua y más específicamente la localidad donde se realizaron las entrevistas) y los que provienen de fuera, ya sea de ciudades intermedias de la región frutícola, como Los Andes y San Felipe situadas aproximadamente a 25 kilómetros de la zona de estudio, ya sea de ciudades grandes como Valparaíso o Santiago, la capital del país, a una distancia de 100 kilómetros aproximadamente.

Independientemente del imaginario que se posee de las ciudades, existe una actitud y opiniones negativas y conflictivas hacia los "afuerinos", como son denominados los trabajadores que provienen, en cada temporada, de las ciudades.

Estos trabajadores migrantes, provenientes de zonas menos dinámicas de la agricultura o de áreas marginales urbanas, constituyen la imagen de un "otro" que permite profundizar la visión que tienen los temporeros acerca de las ciudades, y especialmente de las personas que no son de la localidad, o sea de personas diferentes por su origen y por su condición socioeconómica. Observar cómo ellos se ven en el "otro" contribuye no sólo a otorgar significado a lo diferente, sino también a encontrar el surgimiento de rasgos comunes, que inevitablemente son elementos con los cuales tienden a identificarse.

Los "afuerinos" siempre fueron descritos como personas de las cuales había que desconfiar porque "aquí nadie los conoce", "nadie sabe quiénes son ni de donde vienen", "no saben hacer este trabajo", "cuando empiezan a llegar yo cierro todas las puertas de mi casa y no dejo que mis niños salgan a jugar a la calle, me da miedo dejarlos solos". A los "afuerinos", se les estigmatiza como flojos, incapaces de encontrar un trabajo en la ciudad, ladrones y "sumisos", en cuanto siempre están "dispuestos a trabajar por lo que sea" y le "quitan el trabajo a los que somos de aquí". Los siguientes testimonios reflejan la imagen de los "afuerinos".

Muchos empresarios prefieren traer trabajadores de fuera porque dicen que son menos conflictivos. Es que cuando alguien viene de fuera está dispuesto a trabajar por lo que sea y en cualquier condición. Los de fuera provocan mucho desorden. Otro problema para la organización y para los sindicatos es que todos los años se juntan trabajadores distintos en cada lugar de trabajo; a veces llegan los mismos temporeros y uno se contrata siempre en la misma empresa, pero es difícil que se llegue a juntar un mismo grupo o que los que vienen lleguen a formar un grupo para mejorar sus condiciones; a veces cuando recién estamos conociéndonos ya se acaba la temporada y cada uno para su casa (Felipe, 45 años).

Por eso es tan difícil la organización, porque los que vienen a trabajar por la temporada no les interesa mejorar la cuestión aquí. Algunas veces la organización los acoge, pero han causado daños y destrozos, entonces no se produce una unión con ellos. Algunos se enamoran y luego se casan y se quedan a vivir aquí; a probar suerte y ya uno los mira como iguales (María, 35 años).

En relación con mi estudio, este juego de espejos me permitió comprender que el trabajo de la fruta, siempre criticado, era apreciado como algo propio, que sólo les pertenece a los que “somos de aquí”, lo cual demuestra, al mismo tiempo, que “ser de aquí” posee algún significado que es necesario desentrañar. Adicionalmente, concebí este hablar siempre mal de los “otros” como una forma de tomar distancia respecto a una situación indeseada, pero a la que muchos van a llegar, ya sea como migrante en la ciudad, o como “afuerino” en otras localidades agrícolas; existe la contradictoria verdad de que el “otro”, el “diferente”, puede ser igual a uno mismo, o el futuro de uno mismo.

La construcción del “nosotros”

La categoría espacial que marca la diferencia entre “aquí” y “afuera” permite el contraste entre los sujetos estudiados y los “otros”, construyendo la condición de un “nosotros”.

Aquí viene a trabajar gente de muchos lugares diferentes, jóvenes estudiantes, pero vienen en condiciones miserables porque sólo quieren ganar plata para llevarse a su casa y no gastar en nada. Mucha gente les tiene miedo, porque como vienen de la ciudad [...] Algunos también hacen aquí sus maldades, pero la mayoría son como cualquiera de nosotros, al final son trabajadores también (María, 35 años).

Sin duda existen sentimientos contradictorios hacia los “afuerinos”, lo cual refleja la ambigüedad y contradicción para autodefinirse y para la autoidentificación. El contraste con los demás deja ver, de igual manera, cierta referencia a un “nosotros” con rasgos supuestamente semejantes; toda vez que “los distintos”, los de afuera, en la medida en que se casan, se quedan a vivir, pasan automáticamente a pertenecer, a ser “de aquí” y “ya uno los mira como iguales”.

En este proceso se quiere marcar diferencias y poner distancia con los “afuerinos”, con los “otros”, con los llegados de fuera “que nadie conoce”, para representarse a uno mismo como el verdadero trabajador de la fruta. Fue importante para la obser-

vación entender las quejas hacia los “afuerinos” dentro del contexto del campo comunicativo establecido entre el investigador y los sujetos, para comprender el juego de espejos señalado anteriormente y cómo en éste se ven los temporeros a sí mismos, es decir, cómo construyen la condición “nosotros”.

Lo anterior es importante, porque todo reconocimiento de un “nosotros” denota un proceso de construcción de identidades diferenciadas en el interior de una identidad colectiva, como la nacional; y en tanto proceso, es un conjunto de prácticas materiales y simbólicas estructuradas culturalmente y desde una situación social particular.

La desarticulación social y la imagen de las organizaciones

A pesar de la existencia de líderes en una actitud notable, dispuestos a arriesgarse por la defensa de sus derechos, se trataba de una actitud individual. En general, se observa cierta apatía, mezcla de temor y de comodidad, respecto a la organización social; temor a represalias por parte de las instituciones oficiales y de los empleadores en la pérdida del trabajo o ciertos privilegios, como por ejemplo el trabajo permanente, y comodidad frente a una situación social muy difícil de cambiar.

Ahora lo que pasa es que estamos desunidos, la gente le tiene temor a la organización, creen que estar en un sindicato, por ejemplo, es ser comunista o que es pura política, pero nuestra única política es defender nuestros derechos, pero nadie nos va a regalar nada, sólo luchando podremos salir adelante. Todos los derechos de los trabajadores se ganaron con lucha y con el sacrificio de muchos dirigentes, algunos hasta dieron la vida por la organización (Felipe, 45 años).

En esta circunstancia, atrajo la atención la ruptura generacional y genérica. En tanto, los más adultos creen en la posibilidad de que futuros cambios en la agricultura les beneficiarán y recuerdan con añoranza el pasado, otorgando confianza no sólo a la organización y unidad de los trabajadores sino a las acciones colectivas; los jóvenes, por el contrario, buscan salidas individuales, tales como migrar y “olvidarse para siempre del campo”, o tienen confianza en que a través de la educación podrán ascender socialmente.

Los jóvenes no tenemos muchas alternativas aquí en el campo. Yo soy malo para estudiar, así que lo único que me queda es irme de aquí. Dicen que en el norte está buena la cosa porque lo de la fruta está recién empezando, pero en unos años más será como aquí. Además de trabajar en la temporada, estuve unos días sembrando cebollas y también de chofer en la locomoción que va a Los Andes; ese trabajo me gustó más y lo podría hacer en cualquier parte. Yo no quiero el destino de mis padres, por eso yo quiero salir de aquí y olvidarme para siempre del campo (Daniel, 25 años).

Las mujeres, con una óptica particular, ven en las organizaciones sociales un espacio masculino. Tradicionalmente, las organizaciones campesinas fueron integradas por hombres, especialmente por los jefes de hogar. Los jóvenes acudían a la orga-

nización sólo a mirar, ya que “no teníamos derecho ni a opinar”. Las mujeres iban sólo cuando se requería su presencia en las fiestas, donde se ocupaban de los asuntos culinarios y domésticos.

El trabajo de temporada ha significado, por primera vez en forma masiva, la inserción de las mujeres en las actividades remuneradas, lo que es visto, en forma contradictoria, como una “maldición” y a la vez como una “bendición”, pero sobre todo como el único destino para las habitantes de este lugar. Los siguientes son testimonios de dos mujeres temporeras:

Yo desde que empecé a trabajar he trabajado en la fruta. Antes no había trabajo para las mujeres, no más en la casa. Mis padres hicieron un sacrificio para que estudiara, pero después dejé los estudios porque dije: para qué si al final sólo encuentro trabajo en la fruta. Aquí todos trabajamos en lo mismo (Rosario, 30 años).

Me acuerdo que en las primeras temporadas de fruta, por el año ochenta, el patrón necesitaba gente y mi marido me llevó y aprendí rápido, aunque yo nunca había hecho ese trabajo. Aprendí a ralear, a arreglar racimos, amarrar guías, y después en el *packing* llegué a ser una de las más rápidas en limpiar, seleccionar y embalar. Después el patrón compró tierras para el lado Argentino y también tenía plantaciones y en una ocasión me llevó para que le enseñara a las trabajadoras porque no sabían nada del trabajo de la fruta; al principio yo me sentí muy bien, pero después pensé que el patrón sólo se había aprovechado de mí [...] (María, 35 años).

Aunque la actual etapa de modernización de la agricultura y de las relaciones sociales, por el acercamiento a los estilos de vida citadina y el acceso al trabajo asalariado, ha llevado a las mujeres a tener mayor presencia en las organizaciones reivindicativas, siguen desempeñando un papel secundario y tenue. Inclusive, las pocas acciones en los predios y empresas frutícolas han sido protagonizadas por las mujeres trabajadoras, pero con base en demandas puntuales y movilizaciones fugaces. En las plantas de embalaje, donde el predominio de mujeres se aproxima al 80%, suele haber momentos de mucha presión y urgencia en el trabajo;¹³ esos momentos puntuales han sido aprovechados para exigir mejores condiciones salariales y laborales, aun cuando esto no ha derivado en una mayor articulación de las mismas.

Para los jóvenes, migración y educación comienzan a constituir un imaginario, impreso de atributos positivos y en cierta medida mágicos: “si migro y tengo suerte”, “el que logra salir de aquí es afortunado”, “con la ayuda de Dios podré salir de aquí”, “todos los que migraron están mejor”, “sólo la gente con educación puede salir de la pobreza”. La pobreza es, en general, vista como una característica propia e intrínseca del campo. Este imaginario apunta a un mismo objetivo: acceder a un oficio más cómodo, “menos pesado”, “un trabajo que no sea tan duro como éste”, etc., y por este conducto acceder a los servicios, beneficios y oportunidades que ofrecen las ciudades. La imagen de la ciudad, en este contexto, y especialmente

¹³ Una vez madura, la fruta debe ser llevada rápidamente a las plantas de embalaje, donde es limpiada, embalada y frigorizada, para evitar pérdidas. Los días previos a un embarque se trabaja bajo gran presión, ya que debe entregarse una cantidad de fruta en un tiempo determinado.

para los jóvenes, adquiere connotaciones mágicas; no así para los adultos, quienes más de alguna vez fueron migrantes o lo fueron sus padres, y a través de ello, lo que más conocen de las ciudades son la marginalidad y la pobreza urbana, “que se vive mucho más dura que aquí en el campo, porque aquí en el campo, más que mal, nunca falta qué comer” (Ricardo, 75 años).

Yo tengo un amigo que se fue a Valparaíso y siempre me dice: qué estoy haciendo aquí y que me vaya con él. Él habla puras maravillas de la ciudad, de las comodidades y que los trabajos son menos pesados, claro que él ha trabajado en varias cuestiones porque tampoco allá hay trabajo de planta, y cuando recién se fue lo paso re' mal porque estaba solo y andaba perseguido.¹⁴ Es que él también es un tipo con más educación y eso ayuda mucho para salir de la pobreza. Además, este tipo tuvo suerte, siempre ha tenido suerte, y lo mejor que pudo pasarle fue salir de aquí [...] (Daniel, 25 años).

4. CONCLUSIONES. LOS TRABAJADORES TEMPOREROS: IDENTIDAD Y MODERNIDAD SOCIOCULTURAL

La complejidad de la sociedad moderna ha afectado no sólo la estructura social, sino también las dimensiones simbólicas y subjetivas; a través de la historia y hasta muy recientemente, los individuos habían vivido en un mundo que estaba más o menos unificado, lo que ofrecía cierto grado de integración social. Sin embargo, las transformaciones ocurridas en el último tiempo ameritan una reflexión acerca de la constitución de identidad, para luego preguntarnos acerca de la capacidad de acción de estos actores sociales y si pueden llegar a formar parte de un movimiento social.

Los temporeros de la fruta componen un sector social nuevo de quienes, por un lado, han perdido su identidad —si pensamos en aquellos que se identificaban con un estilo de vida campesino ligado a la tierra—, y por otro, representan la confluencia de sectores que llevan consigo cierta identificación o procesos de identidad en construcción, ya sea como pobladores, marginados u obreros urbanos, o como mujeres, jóvenes o indígenas. Este encuentro con personas diferentes de aquellas con las que habitualmente se interactúa no siempre, ni necesariamente, es cordial; por el contrario, suele haber fricción, ya que cada quien tiende a defender su espacio físico o simbólico.

Además, se produce un encuentro, cargado aún más de fricción, entre estos trabajadores con nuevas características y el también transformado empresariado que liderea el proceso de modernización en la agricultura.

¹⁴ “Perseguido” se refiere a que andaba asustado, pensando que todos le querían hacer daño, robar, etc. Esta apreciación muestra la visión contradictoria de la ciudad, toda vez que, además de creer en sus virtudes, les genera inseguridad.

Esta pérdida de identidad, o procesos de identidad fragmentada, tiene por consecuencia un resultado desarticulador. A pesar de que la interacción puede estar determinada por fines pragmáticos —la consecución de fines deseados—, puede tener efectos inesperados por alguna de las partes interactuantes. En el caso de los temporeros es claro que su estado de atomización se vuelve en contra de las posibilidades de mejorar sus condiciones de vida y salarios; en el caso del empresariado agroindustrial, este elemento les ha facilitado su desarrollo, toda vez que no tienen que verse enfrentados a grupos organizados, dispuestos a exigir y defender sus derechos.

La situación descrita, al tiempo que provoca un deterioro de las condiciones laborales y calidad de vida de los trabajadores rurales, obstaculiza la elaboración de un discurso coherente y aglutinador, y la emergencia de un actor social cohesionado, movilizado y con capacidad real de negociación.

Los problemas de identidad y de constitución en actores sociales de los trabajadores temporeros, con resultados desarticuladores, son una particular forma de recomposición de un orden rural que difiere, en mucho, del orden agrario tradicional. Como he señalado, ha ocurrido, por un lado, un cambio radical en la “cuestión de la tierra”, que ya no representa una demanda central, o más bien es una demanda débil que permanece en el imaginario de quienes alguna vez fueron campesinos; por otro lado, la “cuestión campesina” también ha cambiado de carácter; ya no se trata de campesinos en proceso de proletarianización, sino de la intensificación de las relaciones salariales en un mercado de trabajo temporal.¹⁵

Sin duda los temporeros no son campesinos. Si bien algunos lo fueron y perdieron su estilo de vida campesino en el momento de perder la tierra, éste no ha sido claramente remplazado por otro modo de vida capaz de ordenar las prácticas sociales. A pesar de que se encuentran en un proceso ambiguo y definido por ellos con contradicciones: ser campesinos, ser obreros; ser rurales, ser urbanos; ser tradicionales, ser modernos, etc., ello no significa que carezcan de identidad. La pérdida de este atributo no implica la carencia del mismo; podría señalarse incluso que la adopción que ellos mismos hacen de los cambios ocurridos es significativa en un proceso de reconstrucción de identidad.

En la categoría espacial, no obstante, puede apreciarse la construcción de un “nosotros”, en donde “ser de aquí”, “ser igual a uno” sí tiene importancia y contrasta con la observación de los “otros”, de los “distintos”. Esta autoidentificación conlleva un proceso de construcción y reconocimiento de prácticas materiales y simbólicas estructuradas socialmente desde una situación social particular, a partir de lo cual se puede sostener que los temporeros son actores en proceso de construcción, y que seguramente recrearán una identidad sobre la base de las transformaciones experimentadas.

¹⁵ La modernización ocurre paralela a procesos de transformación igualmente profundos, pero quizá menos visibles, en los sistemas productivos, las condiciones de vida y las dinámicas sociopolíticas de las localidades rurales, que la bibliografía especializada ha identificado como el surgimiento de una “nueva ruralidad” (Llambí, 1996)

A este respecto, existe una diferencia generacional. Mientras que para los mayores de 40 años el ser campesino, en tanto condición de productores, forma parte de un imaginario, el ser asalariado en la agricultura para ellos implica formar parte de una gran categoría, ambigua, que llaman campesinos en cuanto trabajadores del campo; el imaginario campesino, sin embargo, tampoco adquiere una expresión organizada. Para los jóvenes y para las mujeres, es decir para los que han sido propiamente temporeros de la fruta en toda su vida laboral, su imaginario gira en torno a aspectos laborales (salario, condiciones laborales y trabajo permanente). Estos últimos representan una población sin un pasado común, que viven un permanente desarraigo, cuyas acciones colectivas son puntuales, débiles y fugaces, o simplemente se trata de acciones individuales en busca de soluciones personales, donde la heterogeneidad representa, en efecto, una dificultad para articular intereses.

En este contexto, el "antes", para aquellos que logran articular un pasado, está representado por cierta idea de homogeneidad cuando la mayoría eran campesinos o asalariados que pertenecían a familias campesinas, cuyas organizaciones eran más participativas, plurales y poderosas, cuando la lucha por la tierra lograba articular un discurso y un proyecto común. El "ahora", en cambio, se representa por la idea de heterogeneidad, diversidad de oficios y ocupaciones, ritmos de trabajo, lugares de residencia, condiciones de supervivencia, estilos de vida, etc., donde la mayoría son temporeros permanentes en múltiples ocupaciones. Un presente en el que cada quien busca soluciones individuales y donde el imaginario deja de ser colectivo, afectado fuertemente por la complejización de las relaciones sociales y culturales.

Los adultos que perdieron sus condiciones materiales de existencia (la tierra) han experimentado cambios de los cuales comienzan a apropiarse, y por lo tanto a reedificar una identidad que desecha algunos elementos e incorpora otros; los jóvenes y mujeres asumen los cambios como algo natural en tanto se reconocen a partir de elementos diversos y heterogéneos. Sin duda que ya no se tratará de identidades colectivas tan sólidas, afirmadas en la condición de campesino y en la pertenencia a una comunidad, ni de una articulación social como fue el movimiento campesino, ni de acciones colectivas como aquellas que pretendían superar los límites del sistema, enmarcadas en un proyecto histórico que buscaba cambios sociales, de acuerdo con la teoría de los movimientos sociales.

Hoy, se trata de actores "modernos" o en proceso de modernización, y como tales incorporan toda la hibridez y desigualdad que significa este proceso en América Latina. Se trata de una sociedad rural integrada al Estado-nación y al mundo, cuyas relaciones sociales se complejizan tanto como en la ciudad. El desarrollo de los actores se produce en espacios múltiples entre lo rural y lo urbano, de lo cual surgen actores ambiguos que reproducen la hibridez sociocultural de estos espacios, lo que se expresa en una diversidad de las demandas, que ya no poseen una orientación uniforme; fragmentación que las hace débiles. La heterogeneidad de los temporeros es propia de un grupo social integrado a un mundo que se transforma cotidianamente.

Se trata de actores en proceso de construcción, en cuyo seno se sintetizan múltiples procesos de transformación. Las mujeres temporeras, los jóvenes, los empresarios, los campesinos que han asumido los cambios, imprimen nuevas características a los actores, que hoy se mueven en un escenario estructural también transformado. Queda preguntarse si en este proceso surgirá un movimiento social y si se recreará una identidad colectiva.

En la actualidad, entre los temporeros no se observa un movimiento, una realidad articulada, tejida de múltiples redes de pertenencia. Difícilmente llegarán a constituir actores sociales movilizados, como los que conocimos en décadas pasadas. Hay elementos, tanto estructurales como de los actores, que ciertamente juegan en contra de ello.

Aquí se hace presente la tensión teórica entre la estructura y la acción social. En algunos momentos aparece una estructura aplastante que inhibe toda acción, como la represión ejercida contra la sociedad civil durante el régimen militar, sin embargo, es necesario buscar las causas que existen en los propios actores para explicar la ausencia de articulación y movimiento.

Por una parte, existen cuestiones de carácter estructural e institucional como la represión, la reducción del espacio público, la normatividad vigente de organizaciones sociales y de regulación de conflictos, etc., cuya transformación es lenta y difícil.¹⁶ Por otra parte, cuestiones que tienen que ver con los sujetos mismos. La sociedad moderna, en tanto compleja, amplía las esferas en las cuales se forma la experiencia personal y las posibilidades de acción, desvinculándose un elemento con otro; por ello es que ciertas elecciones en una determinada circunstancia no resultan contradictorias con otras realizadas en otra ocasión. Esto genera el dilema de cómo mantener y favorecer la libertad del sujeto sin diluir su identidad.

En este sentido, la identidad ya no posee una base coherente, sólida y unitaria en la cual establecerse. La articulación de los individuos no es espontánea ni un atributo dado, sino que se basa en recursos previos como redes sociales, memoria colectiva, un cuerpo de tradiciones para definir el campo de pertenencia y visiones compartidas respecto al presente y al futuro; pero, fundamentalmente, hoy la articulación e identidad social es una opción voluntaria, más o menos consciente, de los sujetos involucrados. De acuerdo con los señalamientos teóricos de Dubet (1989), la auto-producción de la identidad del actor es lo que lo constituye en sujeto, pero un sujeto a partir de un repertorio cultural existente y limitado por la sociedad.

En este dilema de actores en proceso de constitución, pareciera que mantener la autonomía individual estuviera ganándole la partida a la identidad, diluyendo su consistencia, lo cual no sólo obstaculiza la composición y adhesión a un proyecto

¹⁶ En este contexto, sin duda, resultan importantes los elementos que, según Paré (1994), deben incorporarse al estudio actual de los movimientos sociales en el campo: *a*) que la intensificación del capitalismo genera grupos que se movilizan por metas negociables, y otros, además, por la construcción de un nuevo orden social; *b*) que debe incorporarse una visión hacia adentro, es decir el proceso de constitución de los campesinos como sujetos sociales según sus condiciones materiales de vida de acuerdo a la tierra o al salario, y *c*) la heterogeneidad cultural para expresarse como grupo.

histórico, sino que fortalece la idea de que los temporeros representan la síntesis de múltiples procesos de cambio que pueden cristalizar en diversos resultados. En este contexto, la identidad de los actores, su articulación, así como la supuesta movilización, adquirirá no sólo características particulares, sino novedosas.

Un rasgo de gran importancia es la variabilidad, expresada tanto en la heterogeneidad social de los temporeros, como en la diversidad de espacios en los cuales hoy construyen su experiencia individual. Hasta ahora, esta variabilidad ha generado sujetos desarticulados y débiles, como han señalado tanto Melucci (1995) como Maffesoli (1995) para caracterizar la modernidad, dificultando un proceso de creación de identidad que les permitiera definirse a sí mismos y a los otros; a los aliados y a los adversarios en el campo del conflicto social. Esta situación inmoviliza, es decir, que como grupo social no han llegado a invertir recursos con vista a fines, de acuerdo a diversas alternativas de acción.

No obstante, la pluralidad impone un desafío a los actores al momento de construir o recrear su identidad. Esta diversidad puede convertirse en fortaleza, en tanto la acción colectiva tienda a configurarse en un fenómeno complejo, multiforme, dotado de múltiples y a veces contradictorios sentidos, lo cual puede llegar a generar la articulación de un "nosotros", una autoidentificación, una pertenencia, asumiendo las diferencias, incorporando la riqueza que puede otorgar la variedad. Por tanto, se puede concluir que la identidad en el contexto de la modernidad no implica necesariamente homogeneidad, sino llegar a vincular los intereses con la acción. Para construir identidad se requiere de la lógica de la unidad/diferencia, es decir, una definición de sí mismo y de los otros, y permanencia espacio-temporal, un cuerpo de ideas acerca del presente, del pasado y del futuro. En estas circunstancias, la identidad es un recurso necesario, aunque no suficiente para la acción colectiva.

Con estas contradicciones, los temporeros, más allá de la individualidad, son actores capaces de actuar sobre la sociedad, en la medida en que se insertan en relaciones de conflicto, recurso que puede fortalecer su proceso de constitución en actores sociales. La modernidad, con toda la pluralidad que significa, otorga la posibilidad de construir actores con habilidad reflexiva, de cuestionamiento y de creación simbólica y cultural, de la cual llegarán a depender las acciones colectivas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado, José C. y María A. Portal (1991), "Tiempo, espacio e identidad social", *Revista Alteridades*, año 1, núm. 2., UAM-I, México, pp. 31-41.
- Barkin, David y B. Suárez (1985), *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, Editorial Océano y Centro de Ecodesarrollo, México.
- Bauer, Arnold y A. Hagerman (1987), "Tierra y trabajo en el campo chileno, 1850-1935", en Kenneth Duncan e I. Rutledge (comps.), *La tierra y la mano de obra en*

América Latina. Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo agrario en los siglos XIX y XX, FCE (c 1977), México, pp. 98-119.

Bengoa, José (1983), *El campesinado chileno después de la reforma agraria*, Ediciones Sur, Santiago, Chile.

Bengoa, José, J. Crispi, M. Cruz y C. Leiva (1980), *Capitalismo y campesinado en el agro chileno*, GIA, Santiago, Chile.

Bonanno, A., L. Busch, W. Friedland, L. Gouvela y E. Mingione (comps.) (1994), *From Columbus to ConAnagra, The Globalization of Agriculture and Food*, University Press of Kansas.

Canales, Alejandro (1995), "Cambio agrario y poblamiento regional en Chile, 1952-1986. El caso de la VIª región", tesis doctoral en Ciencias Sociales con especialidad en estudios de población, El Colegio de México, México.

Carter, Michael, B. Barham y D. Mesbah (1996), "Agricultural Export Booms and the Rural Poor in Chile, Guatemala and Paraguay", *Latin American Research Review*, vol. 31, núm., 1, University of Nuevo México, pp. 33-65.

Carton de Grammont, Hubert (1994), "El empresariado agrícola: un actor en formación", *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 2, abril-junio, UNAM, México, pp. 105-116.

Cruz, M. Elena (1988), *La experiencia neoliberal en la agricultura chilena. Sus éxitos y su pobreza*, GIA, Santiago, Chile.

Cruz, M. Elena y A. Sáez (1985), *Chile: opciones y desafíos del sindicalismo rural (1973-1985)*, GIA, Santiago, Chile.

Dubet, François (1989), "De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto", *Revista Estudios Sociológicos*, vol. VII, núm. 21, sept.-dic., El Colegio de México, México, pp. 519-545.

Falabella, Gonzalo (1970), "Desarrollo del capitalismo y formación de clase: el torrante en la huella", *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXII, núm. 1, UNAM, México, pp. 87-118.

Friedland, Williams (1994), "The New Globalization: the Case of Fresh Produce", Bonanno *et al.* (comps.), *From Columbus to ConAnagra. The Globalization of Agriculture and Food*, University Press of Kansas, pp. 210-231.

Fröbel, F., J. Heinrichs y O. Kreyne (1981), *La nueva división internacional del trabajo*, Siglo XXI Editores (1977), México.

García, Luis y Estela Martínez (1997), "Globalización del sistema alimentario y su impacto en la política comercial", en García *et al.* (coords.), *Los sistemas nacio-*

nales lecheros de México, Estados Unidos y Canadá y sus interrelaciones, IIEc-UNAM y UAM-X, México, pp. 47-64.

García Canclini, Néstor (1990), *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ed. Grijalbo y Conaculta, México.

García, Pedro (1986), "La expansión de la fruticultura. El caso chileno", en División Conjunta CEPAL/FAO, *El crecimiento productivo y la heterogeneidad agraria*, CEPAL/FAO, Santiago, Chile, pp. 255-265.

Gómez, Sergio (1982), *Instituciones y procesos agrarios*, Flacso-Clacso, Santiago, Chile.

Gómez, Sergio y Jorge Echenique (1988), *La agricultura chilena. Las dos caras de la modernización*, Flacso-Agraria, Santiago, Chile.

Gómez, Sergio y Emilio Klein (comps.) (1993), *Los pobres del campo. El trabajador eventual*, Flacso-Prealc-OIT, Santiago, Chile.

Ianni, Octavio (1996), *Teorías de la globalización*, Siglo XXI Editores-UNAM, México.

Kay, Cristóbal (1987), "Evolución del sistema de la hacienda chilena, 1850-1973", en Kenneth Duncan, I. Rutledge (comps.), *La tierra y la mano de obra en América Latina. Ensayos sobre el desarrollo del capitalismo agrario en los siglos XIX y XX*, FCE (1977), México, pp. 120-158.

Koc, Mustafa (1993), "La globalización como discurso", *Revista Cuadernos Agrarios*, Nueva Época, núm. 7, ene.-jun., México, pp. 9-22.

Lara, Sara M. (coord.) (1995), *Jornaleras, temporeras y bóias frías. El rostro femenino del mercado de trabajo rural en América Latina*, Ed. Nueva Sociedad y UNRISD, Venezuela.

Llambí, Luis (1996), "Globalización y nueva ruralidad en América Latina: una agenda teórica y de investigación", en S. Lara, y M. Chauvet (coords. del vol.), H. Carton de Grammont, y H. Tejera (coords. gral.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, vol I: *La inserción de la agricultura mexicana en la economía mundial*, Ed. Plaza y Valdés, INAH, UAM-A y UNAM, México, pp. 75-98.

Maffesoli, Michel (1995), Seminario "Modernidad, racionalismo y vida cotidiana", El Colegio de México, 18-22 de septiembre, México.

McMichael, Philip (1993), "World Food System Restructuring Under a GATT Regime", *Political Geography*, vol. 12, núm. 3, mayo, EE.UU., pp. 198-214.

Melucci, Alberto (1995), Seminario "De los movimientos sociales al análisis de la acción colectiva", El Colegio de México, 25-29 de septiembre, México.

- Paré, Luisa (1994), "Algunas reflexiones sobre el análisis de los movimientos sociales en el campo", *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, núm. 2, abril-jun., UNAM, México, pp. 15-24.
- Raynolds, L., D. Myhre, P. McMichael, V. Carro-Figueroa y F. Buttel (1993), "The New Internationalization of Agriculture: A Reformulation", *World Development*, vol. 21, núm. 7, Gran Bretaña, pp. 1101-1121.
- Rivera, Rigoberto (1990), "Estructura agraria y organizaciones campesinas en Chile" (inédito).
- Rivera, Rigoberto y M. E. Cruz (1984), *Pobladores rurales. Cambios en el poblamiento y el empleo rural en Chile*, GIA, Santiago, Chile.
- Rodríguez, Daniel y Sylvia Venegas (1989), *De praderas a parrones. Un estudio sobre la estructura agraria y el mercado laboral en el Valle de Aconcagua*, GEA-UAHC, Santiago, Chile.
- Salas, Hernán (1995), "La modernización de la agricultura y su efecto en los trabajadores temporeros de la fruticultura en una zona del Valle de Aconcagua de Chile", *Revista Cuadernos Agrarios "Neoliberalismo y Campo"*, Nueva Época, núms. 11-12, ene.-dic., México, pp. 263-274.
- Sanderson, Steve (1990), *La transformación de la agricultura mexicana. Estructura internacional y política de cambio rural*, Ed. Alianza Mexicana y Conaculta, México.
- Subercaseaux, Benjamin (1956), *Chile o una loca geografía*, Editorial Ercilla (c 1940), Santiago, Chile.
- Venegas, Sylvia (1992), *Una gota al día... Un chorro al año... El impacto social de la expansión frutícola*, GEA-UAHC, Santiago, Chile.
- Venegas, Sylvia (1993), "Programas de apoyo a temporeros y temporeras en Chile", en Gómez y Klein (comps.), *Los pobres del campo, El trabajador eventual*, Flacso-Prealc-OIT, Santiago, Chile.
- Vio, Francisco (1980), "Economías campesinas, cambio agrario y movimientos campesinos en América Latina", *Revista Comercio Exterior*, vol. 30, núm. 7, julio, México, pp. 699-708.